



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2015

Luis Carlos Rosero García

TRANSFERENCIA Y PULSIÓN: EJES DE LA CLÍNICA ANALÍTICA

Revista Affectio Societatis, Vol. 12, N.º 22, enero-junio de 2015

Art. # 11 (pp. 128-139)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

TRANSFERENCIA Y PULSIÓN: EJES DE LA CLÍNICA ANALÍTICA¹

Luis Carlos Rosero García²
Universidad Mariana, Colombia
luiscarosero@yahoo.com

Resumen

El presente artículo toma como punto de partida el trabajo de Jacques Lacan (1964), en el cual pretende ubicar los ejes fundamentales de la clínica analítica, y para tal efecto elige dos de ellos, como son la *transferencia* y la *pulsión*, al considerar que representan hilos conductores de lo que pasa por la dialéctica inconsciente del analista y el analizante, y a la vez determinan la posición subjetiva de uno y otro. Para tal efecto, ingresa en la reflexión teórica iniciada por Freud sobre tales conceptos y se sumerge en otros referentes propios de la filosofía y la antropología.

Palabras clave: pulsión, transferencia, clínica analítica.

TRANSFERENCE AND DRIVE: AXES OF THE ANALYTIC CLINIC

Abstract

This paper takes Jacques Lacan's work (1964) as its starting point, in which he aims to place the fundamental axes of the analytic clinic. For this purpose, he chooses two of them –*transference* and *drive*– since he considers they represent a connecting thread of what happens in the unconscious dialectic of the analyst and

analysand. To this end, he enters the theoretical reflection initiated by Freud on such concepts and immerses himself in other references typical of philosophy and anthropology.

Key words: drive, transference, analytic clinic.

TRANSFERT ET PULSION: AXES DE LA CLINIQUE ANALYTIQUE

Résumé

Cet article est basé sur le travail de Jacques Lacan (1964) dans lequel il cherche à établir les axes fondamentaux de la clinique analytique. Deux de ces axes sont donc retenus, à savoir, le *transfert* et la *pulsion* car nous considérons qu'ils représentent les fils conducteurs de la dialectique inconsciente de l'analyste et l'analysant et déterminent en même temps la position subjective de l'un et de l'autre. Pour ce faire, l'article aborde la réflexion théorique commencée par Freud à propos de ces deux concepts, pour explorer ensuite d'autres notions propres à la philosophie et à l'anthropologie.

Mots-clés : pulsion, transfert, clinique analytique.

Recibido: 10/03/14

Aprobado: 28/05/14

1 Documento presentado en la video conferencia realizada el 20 de mayo de 2013 en la Universidad Mariana (Pasto, Nariño), en acuerdo de trabajo con el Prof. Manuel Moreno Camacho de la Universidad San Buenaventura – Seccional Cali (Valle).

2 Psicólogo. Magister en Etnoliteratura. Profesor del Programa de Psicología de la Universidad Mariana, Pasto (Colombia). Investigador, integrante del grupo de investigación *Desarrollo Humano y Social*; línea Sujeto, Contextos y Cultura; Área Contextos y Cultura.

La clínica analítica se mueve en lo enigmático del caso por caso, sin dejar de estar atravesada por lo más escabroso del alma humana; sus designios e intersticios pueden desatarse gracias al poder de la palabra como vehículo del deseo inconsciente. Por ello conviene tomar algunos de sus ejes fundamentales para dar cuenta de su singularidad, y en este caso se hará a partir de la transferencia y la pulsión, como conceptos que fueron inicialmente abordados por la pluma de Freud y luego se ampliaron a la luz de la perspectiva lacaniana.

Apertura: Desde Anna O

Para el inicio, resulta importante ir a uno de los casos en los cuales Freud delata los primeros indicios de la transferencia en el terreno de la clínica analítica. Se trata del caso Anna O, que justamente es el que anuncia la transición desde la intervención basada en la hipnosis al uso de la asociación libre y lo que ella implica en tanto responsabilidades para el analista y el analizante.

En el caso propiamente dicho, hay que partir de algunas consideraciones de interés que se toman directamente del relato que hace su autor (Freud, 1992/1893-1895):

[...] No siempre el recordar se conseguía con facilidad, y muchas veces la enferma debió hacer violentos esfuerzos. Así, en cierta oportunidad la marcha del proceso se detuvo durante un tiempo porque un recuerdo no quería aflorar; se trataba de una alucinación que causaba mucho terror a la enferma: había visto a su padre, a quien cuidaba, con una calavera (p. 61).

[...] Se observaba de manera regular que, «apalabrado» un síntoma, emergía con renovada intensidad mientras se lo relataba. Así, en el análisis del no-oír, la enferma se volvió tan sorda que a veces debí entenderme con ella por escrito. Por regla general, la ocasión primera había sido algún terror que vivenció mientras cuidaba a su padre, algún descuido de ella, etc. (Ibídem.).

[...] En julio de 1880, el padre de la paciente, a quien ella amaba con pasión, contrajo un absceso de peripleuritis que no sanó y a consecuencia del cual murió en abril de 1881 (p. 48).

[...] En ese estado empecé a tratar a la enferma, y pronto pude convencerme de estar ante una grave alteración psíquica. Existían dos estados de conciencia enteramente separados; alternaban entre sí muy a menudo y sin transición, y fueron divorciándose cada vez más en el curso de la enfermedad. En uno de ellos conocía a su contorno, estaba triste y angustiada pero relativamente normal; en el otro alucinaba, se «portaba mal», vale decir insultaba, arrojaba las almohadas a la gente toda vez que se lo permitía su contractura, arrancaba con sus dedos móviles los botones del cubrecamas y la ropa blanca, etc. (p. 49).

Hasta aquí algunos apartes de uno de los historiales clínicos de mayor importancia para el psicoanálisis, en el cual Freud describe su intervención con lujo de detalles (aunque admite que muchas cosas pudieron pasársele por alto), deteniéndose en las características de la sintomatología de Anna O., tanto como en la peculiaridad de su intervención, donde la hipnosis tomaría cuerpo en lo que se conoce como la “talking cure”, cura por la palabra, donde es la palabra la que finalmente tomaría el comando del encuentro entre el analista y la paciente (colocada en posición de analizante). Encuentro matizado por el investimento afectivo que haría Anna O. sobre el Dr. Breuer, su antiguo analista.

“Martirizar, martirizar”, serán las palabras que seguirán retumbando en el oído de Freud (1895), pronunciadas por una paciente que se debatía ante una profunda angustia y sufrimiento tras la muerte de su padre, a quien admiraba y adoraba plenamente. Valga decir que éste sentimiento hacia el padre estaría en suspenso, al margen de lo que Freud diría de Anna O: “El elemento sexual estaba asombrosamente no

desarrollado; la enferma, cuya vida se volvió trasparente para mí como es raro que ocurra entre seres humanos, no había conocido el amor, y en las masivas alucinaciones de su enfermedad no afloró nunca ese elemento de la vida anímica.” (Freud, 1992/1893-1895: 47).

Los conceptos y apreciaciones de Freud parten de una reflexión inicial del caso, pero que a fin de cuentas tendrá que revisar y tomar una posición diferente, y ello debido a las evidencias del Eros que se desprendían en las palabras de Anna O. Este será justamente el rasgo que se alcanza a reconocer en las muestras de afecto de la paciente hacia Freud y hacia el mismo Dr. Breuer: “también cobró el debido aprecio y gran afecto por el médico que la visitaba, mi amigo el doctor B.” (Ibíd.: 55).

Justamente este talante afectivo de la paciente sería algo que Freud no podría pasar desapercibido, y aparece como una nota del editor al final del historial clínico:

En una oportunidad Freud me dijo, señalándome con el dedo este pasaje del libro, que había una laguna en el texto. Se refería al episodio que puso fin al tratamiento de Anna O., y me lo narró a continuación. Aludió brevemente a él en su «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914d), AE, 14, pág. 11 —donde, adoptando el punto de vista de Breuer, lo llamó un «suceso adverso»— y en la Presentación autobiográfica {1925d}, AE, 20, pág. 26. Hizo un relato mucho más completo del asunto en su carta a Stefan Zweig del 2 de junio de 1932 (Freud, 1960a). Ernst Jones relata todo el incidente en su biografía de Freud (Jones, 1953, 1: 246 y sigs.). Bastará decir que, cuando el tratamiento había llegado en apariencia a una consumación favorable, la paciente exteriorizó de pronto una intensa transferencia positiva no analizada hacia Breuer, de inequívoca naturaleza sexual. Según Freud, fue esto lo que movió a Breuer a postergar por tantos años la publicación del historial clínico y lo llevó, a la postre, a rehusar toda colaboración a Freud en las ulteriores investigaciones de este”. (Ibíd.: 64).

Primer Tiempo: Transferencia en términos económicos y dinámicos

Para esta primera versión de la transferencia es conveniente ir directamente a Freud, quien nos presenta su comprensión de este fenómeno clínico siguiendo lo que ocurre a partir del movimiento de cargas energéticas y de la dinámica del conflicto psíquico. Claro que esta afirmación implica ir directamente a las bases que Freud plantea sobre el tratamiento analítico, diciendo que: “nuestra terapia se funda en el conocimiento de que las representaciones inconscientes —o mejor dicho, la naturaleza inconsciente de ciertos procesos anímicos— es la causa primera de los síntomas patológicos” (Freud, 1981/1904: 1012). En el mismo texto, Freud insiste en que este proceso trae consigo la “resistencia” de parte del analizante a que se logre tal acceso a lo inconsciente:

El descubrimiento y la traducción de lo inconsciente se llevan a cabo contra una continua “resistencia” del enfermo. La emergencia de lo inconsciente va enlazada a sensaciones de displacer, a causa de las cuales es rechazado siempre de nuevo. En este conflicto que se desarrolla en la vida anímica del enfermo interviene el médico. Si consigue llevar al enfermo a aceptar algo que hasta entonces había rechazado (reprimido) a consecuencia de la regulación automática determinada por el displacer, habrá logrado llevar a buen término una parte importante de la labor educativa. Ya el hecho de mover a madurar a un individuo que sólo a disgusto abandona el lecho es una labor educativa. Pues bien: el tratamiento psicoanalítico puede ser considerado como una segunda educación, encaminada al vencimiento de las resistencias internas (Ibíd.: 1013).

A mi parecer, está aquí el fundamento por el cual Freud planteará el lugar de la transferencia en función del conflicto psíquico y las cargas energéticas a él enlazadas, que bien puede entenderse como desplazamiento de los afectos que circulan entre el analista y su analizante. En tal sentido, Evans (1997: 191), afirma que la transferencia es un término que aparece primero en la obra de Freud “como un nombre más del desplazamiento del afecto desde una idea a otra (Freud, 1900 a, S.E. V, 562)”. La transferencia, entonces, designa un modo particular de la relación del analizante con su analista, y que Freud la había observado en la relación de Anna O. con Breuer en 1882, en la cual ella le transfería a Breuer con intensidad sus reacciones afectivas.

Valga decir también que es tal la carga afectiva de los acontecimientos narrados por un analizante y que con semejante intensidad se establece la relación afectiva con su analista, que termina por constituir una *resistencia* que impide la rememoración de recuerdos reprimidos, por lo cual será necesaria su disolución para así favorecer el decurso del tratamiento. Esta primera versión de la transferencia, Freud (1981/1938) la ubica de la siguiente manera:

El paciente no se conforma con ver en el analista, a la luz de la realidad, un auxiliar y consejero, al que además remunera sus esfuerzos y que, a su vez, estaría muy dispuesto a conformarse con una función parecida a la de un guía en una ardua excursión alpina; por el contrario, el enfermo ve en aquél una copia —una reencarnación— de alguna persona importante de su infancia, de su pasado, transfiriéndole, pues, los sentimientos y las reacciones que seguramente correspondieron a ese modelo pretérito. Este fenómeno de la *transferencia* no tarda en revelarse como un factor de insospechada importancia; por un lado, un instrumento de valor sin igual; por el otro, una fuente de graves peligros. Esta transferencia es *ambivalente*; comprende actitudes positivas (afectuosas), tanto como negativas (hostiles) frente al analista, que por lo general es colocado en lugar de un personaje parental, del padre o de la madre (pp. 3397-3398).

Esta ambivalencia afectiva tendrá que ser oportunamente reconocida por el analista, quien a su vez la comunica a su analizante, indicando que estos “estados transferenciales” no son algo del presente en sentido cronológico, sino un reflejo del pasado. Si no se hacen estas aclaraciones, se puede correr el riesgo de perturbar la relación analítica que se ha establecido entre uno y otro en función de un compromiso en común de curación. Enamoramiento y hostilidad quedarán así excluidos en su grado extremo, siendo la energía que ellos portan la que se utilizará al servicio de la labor analítica. Justamente, ahí se da paso a otra comprensión y lugar de la transferencia en el proceso analítico, esto es, de la transferencia en tanto escenario para la instalación de un saber...

Del afecto a la posición del Sujeto supuesto al Saber (SsS)

La transición en el tema de la transferencia la hago nuevamente con una frase de Evans (1997), quien afirma:

Lacan dice que, aunque la transferencia a menudo se manifiesta en forma de afectos particularmente fuertes, como el amor y el odio, no consiste en tales emociones, sino en la estructura de una relación intersubjetiva. Esta definición estructural de la transferencia permanece como tema constante en el resto de la obra de Lacan; él sistemáticamente sitúa la esencia de la transferencia en lo simbólico y no en lo imaginario, aunque está claro que tiene poderosos efectos imaginarios. Más adelante Lacan observará que, si bien la transferencia suele manifestarse con la apariencia de amor, primero y principalmente se trata de amor al saber (p. 191).

A partir de la anterior reflexión, es el momento para ir al *Seminario 11* de Lacan (1964), en el cual afirmará que el concepto de transferencia tiene como implicación directa el concepto de Sujeto supuesto Saber. La transferencia, entonces, consiste en la atribución de un saber al Otro, lo cual implica la suposición de saber en el Otro (dejándonos, desde ya la pregunta por lo que sabe el Otro). La afirmación de Lacan (1964) es clara y contundente, tal y como lo cita Evans (1997): “En cuanto el sujeto que se supone que sabe existe por algún lado [...] hay transferencia” (p. 192).

El asunto de la transferencia pone al descubierto una verdad ineludible e innegociable; de una lado, la perplejidad de un sujeto que se enfrenta ante la condición de un saber supuesto que revela su propia incompletud, que en última instancia tomará cuerpo en el hecho de su división subjetiva; y de otro lado, en la posición del analista, o más bien de su discurso: de un saber que toma la posición de la verdad. El interjuego de estas dos posiciones, que bien pueden denominarse dos discursos (siguiendo la enseñanza de Lacan), es lo que constituye la esencia de la experiencia analítica, siendo el saber la carta que va a funcionar como un *comodín*, en el mejor sentido de lo que opera en un juego de cartas, esto es, como una carta que se desliza en las manos de los jugadores, tomando el sentido que corresponde en cada uno de ellos. Analizante que buscará una ilusión de completud a través de objetos que suturan la falta y lo esquivo del saber; y un analista colocado en posición de escucha, que no cede a los intentos de ser objeto para colmar la falta.

Para ubicarle a la transferencia una clara puesta en escena, me permito traer las palabras de un joven de 16 años, a quien denominaré J.H., y quien se comunica conmigo para solicitar una consulta, en los siguientes términos:

Psicólogo Luis Carlos, cordial saludo. Soy J. H., necesito que me colabore dándome unos consejos. Le cuento que últimamente me estoy sintiendo incapaz de hacer las cosas, de cumplir mis sueños, ya estoy en grado once y en vez de mejorar mi nivel académico estoy bajando; en este primer periodo perdí una materia y pues quiero pedirle su colaboración, porque perder un grado once sería fatal para mi familia y personalmente pienso que yo no sabría qué hacer. Muchas gracias por su atención, aprovechando este medio (redes sociales) ya que en el colegio no he podido hablar con usted ya que está muy ocupado.

Lo que pretendo afirmar con las líneas anteriores es que hay una atribución de saber al Otro, como condición básica para acudir en su búsqueda, y que de esa búsqueda (que opera en el terreno de la intersubjetividad) se desprenderán significativos avances tanto en la construcción de la relación transferencial como en allanar el camino hacia la búsqueda de saber del sujeto. Uno de los efectos de mayor envergadura para el sujeto es su aspiración al saber. Por ello, puede afirmarse que la transferencia y con ella el análisis se encaminan hacia la búsqueda del saber. Resulta conveniente, entonces, hablar de este saber.

Lo primero es decir que el analista, en función de los dichos del analizante, hace la propuesta de buscar el saber, que implica ir más allá de la queja del analizante, de su malestar dirigido a un otro. La condición para tal proceso es que el analista no se coloque en el lugar del saber, tal y como sí ocurre en los terrenos de la sugestión. La transferencia le coloca al analista una exigencia sine qua non es posible la cura, esto es, tomar la distancia respecto al poder que le confiere ante el analizante, que supone su propia claridad en cuanto a lo que es él, esto es, una función que permite repetir relaciones anteriores con otras personas.

Hablamos del saber como la consecución de una meta que apunta a la liberación del analizante, que no se conjuga en términos de adaptación a las condiciones establecidas por la realidad, y mucho menos con los

ideales del analista. La aspiración a alcanzar la verdad se establece como algo inalcanzable, por esencia misma del proceso analítico, pero quizás se establece como referente imaginario que habrá de decantarse en el curso del mismo dispositivo clínico, quedando como aspiración real la conquista de un sujeto que se haga responsable de asumir las consecuencias de su saber, que de paso servirá para desatarse de una relación alienante respecto al Otro. No en vano lo que se desprende de la relación transferencial, esto es, avizorar posibilidades para vivir bajo las coordenadas de la libertad, como principio que determine todas sus actuaciones.

Esta relación entre transferencia y verdad, en los términos del concepto de Sujeto supuesto Saber, conlleva un movimiento de gran trascendencia para la construcción de la singularidad y la subjetividad: primero, un momento imaginario, en términos de la atribución de saber al Otro, suponiendo el analizante que es el Otro el que sabe, tal y como Alcibiades lo haría en *El Banquete* de Platón con el maestro Sócrates, poseedor de un objeto precioso, un tesoro oculto... que podemos entender como el objeto causa del deseo (a). Y segundo, un momento simbólico de la transferencia, en el cual el sujeto habla de él, de su historia, de su condición como sujeto del deseo, sujeto del inconsciente, y dirigiéndose al analista como función, cuyo saber está en términos de la significación (Lacan, 1964).

Uno y otro movimiento ocurren, como lo hemos dicho, en el marco de una relación intersubjetiva particular, como es la transferencia, que está condenada a desvanecerse tal y como se presentó en sus orígenes y que ocurrió en los términos de la fascinación, tanto como del enamoramiento o el odio, vistos como expresiones de afecto. Esto será lo que podrá ocurrir en el trabajo que se adelanta con el joven mencionado en líneas anteriores, denominado como J.H., quien podrá hacerse cargo de los resultados y desenlaces que tenga no solo su vida académica, sino sobre todo el lugar que ocupa en el deseo de su madre, como soporte para definir sus propias coordenadas para el despliegue de su vida, en condiciones de libertad y responsabilidad con su ética y su deseo.

Es este el momento para ir a otro terreno donde es posible reconocer lo que ocurre en el fuero interno del sujeto, siendo la poesía del escritor mexicano Amado Nervo quien pone el acento en el sujeto al decir: "Dentro de ti está el secreto" (1918):

Busca dentro de ti la solución de todos los problemas,
hasta de aquellos que creas más exteriores y materiales.
Dentro de ti está siempre el secreto. Dentro de ti están todos los secretos.
Aun para abrirte camino en la selva virgen, aun para levantar un muro,
aun para tender un puente, has de buscar antes, en ti, el secreto.
Dentro de ti hay tendidos ya todos los puentes
están cortadas dentro de ti las malezas y lianas que cierran los caminos.
Todas las arquitecturas están ya levantadas, dentro de ti.
Pregunta al arquitecto escondido, él te dará sus fórmulas.
Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura,
la pala más resistente... Entra en tu interior y pregunta...
Y sabrás lo esencial de todos los problemas
y se te enseñara lo mejor de todas las fórmulas,
y se te dará la más sólida de todas las herramientas.
Y acertaras constantemente, pues que dentro de ti llevas la luz misteriosa
de todos los secretos....

Amado Nervo (1870 – 1919)

La pulsión: entre la mitología y la ficción

Como se ha presentado hasta el momento, acudo también en el caso de la pulsión a las referencias que nos ofrece Freud. Como es de conocimiento, sobre este importante eje de su arquitectura teórica y clínica, hay dos textos fundamentales donde el creador del psicoanálisis hace sus principales elaboraciones: el primer texto es “Las pulsiones y sus vicisitudes” (1905), que recoge las elaboraciones que tenía hasta el momento, antes de los textos de la metapsicología; y el segundo texto es “Más allá del principio de placer” (1920), donde hará nuevas formulaciones, fruto de su revisión clínica y de los horrores que le produce el cruel acontecimiento de las guerras mundiales, tanto el cierre de la primera como los albores de la segunda.

En el primer texto mencionado hay varios aspectos a destacar. De entrada, un concepto que servirá de pivote para sus posteriores reflexiones sobre la pulsión, ubicándola como la “Representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática, a diferencia del “estímulo” producido por excitaciones aisladas procedentes del exterior. Pulsión es, pues, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico” (Freud, 1981/1905: 1191).

En este mismo texto, el autor refiere que para dar cuenta de la pulsión hay que considerar sus cuatro elementos fundamentales, que son: empuje, fuente, fin y objeto. De estos elementos, podrían decirse muchas cosas; por ejemplo, que la *fuente* encarna ese referente propiamente corporal de donde procede el estado de insatisfacción en el sujeto y que anima a la búsqueda de los medios y fines para su satisfacción. Que del *objeto*, no cabe duda que es lo más variable que existe, esto es, se ubica en la perspectiva de lo contingente, en tanto no hay un objeto predeterminado o preestablecido que conduzca por derecho propio y en estricta condición a la satisfacción de la pulsión, y aquí justamente estriba una de las razones para establecer la distinción entre instinto (instinkt) y pulsión (trieb). No obstante, también hay que decir del objeto, que una vez fijada la pulsión al objeto elegido y quedando cargado de significación, será ese y solo ese objeto alrededor del cual se establece el circuito de la satisfacción pulsional. Con relación al *fin*, la pulsión siempre está encaminada a la búsqueda de su satisfacción, de la disminución o resolución de la tensión interna que ha provocado; siendo entonces un proceso de tipo dinámico y económico, en el sentido de la metapsicología freudiana. En cuanto al fin, lo dicho corresponde a un planteamiento general, porque si entramos en detalles encontramos unos destinos específicos tanto para el Eros como para el tanatos; los unos en el sentido de la vida y los otros a favor de la muerte y la destrucción.

Si le seguimos la pista a lo que aquí se abre, tenemos que hacer al menos una alusión puntual al complejo y espinoso tema de la pulsión de muerte. Su formulación, como el mismo Freud lo estima, obedece a una hipótesis que surge del campo de la clínica y a la vez de su aguda observación de las actuaciones humanas. Freud tendrá que reconocer que hay una compulsión a la repetición, la cual se halla “más allá del principio del placer”, que a su vez está en la base de la pulsión de muerte. Bajo esta presentación, su interés se dirige en términos del principio de constancia, esto es, a llevar la energía pulsional al nivel más bajo posible o a cero, y con ello conducir al sujeto a un retorno al estado inorgánico, que sería el que nos coloca en las fronteras de la muerte (sea en su forma física o psíquica).

Para no seguir este arduo camino de las pulsiones del eros y del tanatos, que nos llevaría a las fronteras de la condición humana y a su vez a aquello que permite hacer lazo social o mostrar sus fracturas, conviene dirigir la mirada hacia el cuarto elemento de la pulsión, que para algunos pudiera ser el fundamental o esencial, aunque Lacan desmienta esta consideración. Nos referimos al *empuje* (drang), y en virtud del cual

Freud manifestará de la pulsión que “por perentoriedad (‘Drang’) (...) se entiende su factor motor, es la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo que representa. Este carácter perentorio es una cualidad general de los instintos e incluso constituye la esencia de los mismos” (Ver: Freud, 1981/1905: 2042) como una fuerza constante, y por ello el sujeto no puede evitarla, fugando, como en el caso de un estímulo externo.

Precisamente, desde el referente del empuje se puede establecer también la distinción que conviene hacer entre instinto y pulsión. Si por instinto entendemos un comportamiento propio de la especie animal caracterizado por hallarse prefijado para cada especie, establecido por la herencia, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto; pues, no queda duda que en estas condiciones sería más apropiado hablar del instinto cuando estamos en el territorio de la conducta animal. Por su parte, la pulsión obedece a procesos que están más allá de los límites de la biología y los esquemas prefijados por el instinto, siendo el *empuje* de la pulsión aquello que, entre otras cosas, le confiere el sello de lo humano. La pulsión, entonces, se halla atravesada por los avatares y designios del lenguaje como condición que hace posible abrir el compás para múltiples y novedosos intentos por su satisfacción.

Al respecto, Lacan en el *Seminario 11* manifestará que la pulsión es un concepto que tiene una historia desde los aportes de la psicología, la fisiología y la física, pero que así mismo reclama un “uso específico” (1989/1964: 169), en tanto la clínica analítica y los analistas que la reconocen la usan como un “dato radical de nuestra experiencia” (Ibídem). En el mismo texto, Lacan considera que la pulsión es un “concepto fundamental” (p. 170) (*Grundbegriff*), y lo es también porque “posee el carácter de lo irrepresible aún a través de las represiones” (p. 169); y esto significa que aquello que ejerce *presión* de parte de la pulsión, bien sea del Eros o del Tánatos, tiene una intensidad y constancia superior a la que proviene de las barreras represivas. De esta manera, por su dinamismo y por implicación al sujeto, debe ser conocida por el analista, quien estará atento a sus vicisitudes, a sus aperturas y cierres, que se van a trasladar también en la transferencia.

Siguiendo la lectura del texto y aprovechando la perspectiva del comentario de texto (propuesto por Rubén López (2004), y planteada de antemano por Jacques Alain Miller en términos de «hacer responder al texto las preguntas que él nos plantea a nosotros») ingresamos a una discusión bastante interesante en el tema de la pulsión, esto es, si corresponde al dominio de la mitología o de la ficción.

Iniciemos en el extremo del mito, y para ello encontramos a uno de los autores que con mayor rigurosidad y claridad le ha aportado al tema del mito. Se trata de Mircea Eliade, quien toma como referencia para sus investigaciones a sociedades donde el mito ha tenido ““vida”, en el sentido de proporcionar modelos a la conducta humana y conferir por eso mismo significación y valor a la existencia” (1998/1963: 8). En tal sentido, cuando se aproxima a las conductas de algunas comunidades las comprende “en tanto que hechos humanos, hechos de cultura, creación del espíritu —y no irrupción patológica de instintos, bestialidad o infantilismo” (p. 9). Como el autor lo afirma, los mitos son “hechos de cultura y pierden su carácter aberrante o monstruoso de juego infantil o de acto puramente instintivo” (Ibídem.). Los mitos, tanto como los ritos, tienen unas significaciones para las sociedades o comunidades que los llevan a cabo y los soportan como parte de su legado, su historia, su presente y aún de su futuro. Entonces, si el mito se entiende como una “historia verdadera” (p. 7), utilizando la acepción de muchas de las sociedades donde el mito tiene mucha fuerza, pues a eso habrá que apostarle cuando se trabaja con la pulsión en los ámbitos de la clínica.

Será posible, entonces, desde esta perspectiva, asumir la intención de pensar y comprender al Eros y al Tánatos como hechos que siguen la construcción y gramática del mito, en el sentido que Freud les confiere, esto es, que representan las historias donde los sujetos se la juegan con la vida y la muerte. Es una suerte de juego en el cual hay reglas, personajes con unas funciones específicas, así como unos desenlaces que en la mayoría de los casos resultan inesperados, sorprendentes y hasta maravillosos, como ocurre con todas las narraciones míticas.

Para ello no es sino ir a la definición que, a juicio de Eliade, resulta menos imperfecta:

El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los “comienzos”. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. Es, pues, siempre el relato de una “creación”: se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser. El mito no habla de lo que ha sucedido *realmente*, de lo que se ha manifestado plenamente. Los personajes de los mitos son Seres Sobrenaturales. Se les conoce sobre todo por lo que han hecho en el tiempo prestigioso de los “comienzos”. Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y desvelan la sacralidad (o simplemente la “sobre-naturalidad”) de sus obras. En suma, los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo “sobrenatural”) en el mundo. Es esta irrupción de lo sagrado la que *fundamenta* realmente el Mundo y la que le hace tal como es hoy día. Más aún: el hombre es lo que es hoy, un ser mortal, sexuado y cultural, a consecuencia de los seres sobrenaturales (1998/1963: 12-13).

Bajo este concepto, con una fuente investigativa de profundo trabajo en el campo de la cultura y los hechos humanos, como es Eliade, queda ubicada la pulsión siguiendo su construcción según la estructura del mito, y con ello el Eros y el Tánatos representando los dos seres que serán las matrices desde donde se generarán las historias de los humanos (con estructura de *ficción*, recordando que en Freud y Lacan la realidad tiene tal estructura), nacidas desde el vientre materno y que llegan hasta la discontinuidad de la muerte. Es menester, en este punto, hacer claridad que en Freud y Lacan, la realidad tiene una estructura de ficción; Freud, de un lado, lo anuncia en su texto de Tótem y tabú (1913), considerado para algunos como un texto de *ficción*, pero al cual hay que concederle toda suerte de consistencia, sobre todo en el punto de reflexionar sobre la condición del padre, tanto del Padre Real como del Padre Muerto, y por ello justamente ingresa a las estructuras psíquicas que sirven de soporte para la definición del lazo social. Y de otro lado, está el *Seminario 17* de Lacan (2008/1969-1970), quien al referirse al mito de Edipo lo ubica como un “ordenador estructural” (p. 51), en tanto es algo que pasó en lo real (que “pasó realmente”, como lo dice el autor), y será más allá del mito en mención donde podrá reconocerse al llamado Padre Real.

El mito toma su lugar como una construcción simbólica que hace una escritura de lo real, tal y como se plantea con el mito de Edipo, siendo personajes como Edipo, Layo, Yocasta, Electra y la misma esfinge, los que se encargan de escenificar aquello de lo real que resulta escabroso y difícil de soportar, encontrando en el mito la letra para su aparición y su posible aceptación por parte de sus lectores. De otro lado, con una composición y estructura diferente está la ficción, que utiliza nuevos matices y contrastes para expresar la realidad, tal y como lo ilustra J. L. Borges en su texto *Ficciones* (1944), del cual tomo unas líneas del cuento “La Biblioteca de Babel”, considerado como un escrito en el que hay una subversión de lo considerado como el mundo cotidiano, donde prima la comodidad y la seguridad:

A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades fecales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia

lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito... (Borges, 2012/1944: 38).

El texto de Borges tiene una agudeza tal que aprovecha los recursos de la literatura para ingresar en los terrenos de lo que en Freud se ha denominado como la *vida cotidiana*, develando su complejidad y la presencia en su interior de los movimientos que traducen la esencia de lo psíquico, no solo de lo consciente, preconsciente e inconsciente, en el sentido de la tópica freudiana, sino de aproximarse a lo que Lacan inauguraría con su discurso de lo imaginario, lo simbólico y lo real.

Ahora bien, a la reflexión anterior podemos agregar una reflexión a modo de epílogo, en cuanto que en el consultorio psicoanalítico, desde la presunta comodidad del diván, podrán reescribirse nuevas historias con el tono de *ficciones*, que pretenden enmascarar todo aquello que más le produce horror a un analizante, y cuyo lugar el analista tendrá que permitir bajo los lenguajes que allí se despliegan. Pulsión que aprovechará los recorridos ofrecidos por la vertiente imaginaria y simbólica de la transferencia, para finalmente abrirse paso a través de lo real, donde tendrá nuevas definiciones y significaciones, que operan según la estructura subjetiva que le confiere la complejidad de lo real.

Referencias bibliográficas

- Borges, J.** (2012). *Ficciones*. España: Penguin Random House Grupo Editorial. (Trabajo publicado originalmente en 1944).
- Eliade, M.** (1998). *Mito y realidad*. Bogotá: Editorial Labor. (Trabajo publicado originalmente en 1963).
- Evans, D.** (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S.** (1981). Sobre psicoterapia. En Luis López-Ballesteros y De Torres (Trads.). *Obras Completas* (Volumen I). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo publicado originalmente en 1904).
- Freud, S.** (1981). Las pulsiones y sus destinos. En Luis López-Ballesteros y De Torres (Trads.). *Obras Completas* (Volumen II). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo publicado originalmente en 1915).
- Freud, S.** (1981). Más allá del principio del placer. En Luis López-Ballesteros y De Torres (Trads.). *Obras Completas* (Volumen III). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo publicado originalmente en 1920).
- Freud, S.** (1981). Compendio del psicoanálisis. En Luis López-Ballesteros y De Torres (Trads.). *Obras Completas* (Volumen III). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo publicado originalmente en 1938).
- Freud, S.** (1981). Tótem y tabú. En Luis López-Ballesteros y De Torres (Trads.). *Obras Completas* (Volumen II). Madrid: Biblioteca Nueva (Trabajo publicado originalmente en 1912-3).
- Freud, S.** (1992). Estudios sobre la histeria. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas* (Vol. I.). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo publicado originalmente en 1893-1895)
- Lacan, J.** (1989). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. En Jacques-Alain Miller (Texto establecido) y Juan Luis Dellmont-Mauri y Julieta Sucre (Trads.). Buenos Aires: Paidós (Trabajo publicado originalmente en 1964).
- Lacan, J.** (2008). Clase 10 Del mito a la estructura (18 de marzo de 1970), En: *El seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. (1ª edición, 7ª reimpresión). Buenos Aires: Paidós (Trabajo publicado originalmente en 1969-1970).
- López, R.** (2004). Para no olvidar el comentario de texto. *Revista Affectio Societatis* 4 (7), s. p. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Unversidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/article/view/5375/4727>.

Nervo, A. (1918). Plenitud (Dentro de ti está el secreto). Recuperado en: http://books.google.com.co/books?id=o8hfAAAAMAAJ&q=plenitud+de+amado+nervo+libro&dq=plenitud+de+amado+nervo+libro&hl=es&sa=X&ei=p6j5UtjMAeXG0gHp-CwAQ&redir_esc=y

Platón (2007). Diálogos. *El banquete, o del amor*. Madrid: Espasa Calpe.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Rosero-García, L. C. (2015). Transferencia y pulsión: ejes de la clínica analítica. *Revista Affectio Societatis*, 12(22), 128-139. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>